

Consideraciones sociológicas en torno a la reforma agraria en Latinoamérica*

EDUARDO HAMUY

No vamos a insistir en la idea de que la Reforma Agraria es —antes que nada— un problema social y después un problema “técnico” o de los “técnicos”. Como es evidente, la Reforma Agraria implica un cambio en la estructura social, una alteración profunda de las relaciones tradicionales de propiedad y especialmente de los modos institucionales de interacción social.

Un programa de Reforma Agraria supone, en algún grado —explícita o implícitamente—, una teoría de la sociedad, o por lo menos, y para decirlo en términos más en boga, una teoría del desarrollo económico, la cual evidentemente no es sino un aspecto singular de una teoría general del cambio social.¹ Por esta razón, no tiene mucho sentido hablar de Reforma Agraria sin referirse a las condiciones objetivas generales de la sociedad. Es preciso además advertir algo que podría parecer obvio: que de la situación histórico-cultural concreta de la sociedad no sólo depende el sentido de la Reforma Agraria, sino su propia posibilidad real. Se podrá decir, entonces, que a veces la Reforma Agraria está en la “orden del día” y que otras veces es una mera construcción ideal de “técnicos” o ideólogos.

La Reforma Agraria —con la finalidad que le es propia de aumentar la productividad agrícola mediante la transformación de la propiedad rural con vista a elevar el bienestar de la población— es,

* Se trata, en el fondo, de algunas reflexiones inspiradas en el trabajo de George W. Hill, José A. Silva M. y Ruth Oliver de Hill “La vida rural en Venezuela”, Caracas, julio de 1958 y, particularmente, en la obra del Dr. George W. Hill “The Venezuelan peasant farmer” (Some Sociological Considerations concerning an agrarian reform program), Caracas, Venezuela, julio de 1958.

Este trabajo fue leído en el Primer Seminario de Reforma Agraria de la Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, en noviembre de 1958. Lo hemos modificado para su publicación, pero sin alterar las tesis de fondo; rogamos al lector considerar nuestras afirmaciones como hipótesis de trabajo para futuras investigaciones.

desde el punto de vista de la estructura de la sociedad, la extensión de la racionalización capitalista a la agricultura. Es lo que Lenin² calificó de “medidas pequeño-burguesas”, justamente porque la Reforma Agraria está concebida como reforma (y no como revolución) en el sentido de introducir cambios en la propiedad agrícola, dentro de los marcos del capitalismo, de un modo pacífico y evolutivo, generalmente conforme a un programa específico integrado a una planificación global del desarrollo económico.

Que esto no haya podido hacerse nunca en Latinoamérica sino recurriendo a cruentas luchas sociales (México, Bolivia, Cuba) es un punto que merece ser considerado con gran atención, pues su análisis podría revelar alguna característica esencial de la estructura social de los países de esta América (estructura del poder probablemente) que aún no ha sido nítidamente percibida.³

Un ángulo que parece fecundo para considerar el problema de la Reforma Agraria en los países latinoamericanos, es reconociendo de partida, el hecho histórico de la evidente desarmonía en la ocurrencia de los cambios sociales, en las diversas sociedades humanas, el cual configura una situación de coexistencia de sociedades que se encuentran en muy diverso grado de desarrollo y dentro de cada una de ellas, de sectores modernos y “tradicionales”. La creciente interdependencia de las naciones del globo le confiere cada vez más importancia a este hecho que Mannheim caracteriza como “la coetaneidad de lo no coetáneo”.⁴

Es una lástima que no haya sido aún suficientemente analizada la influencia de los países llamados “desarrollados” sobre aquellos que recién están cumpliendo las etapas que los primeros alcanzaron hace mucho tiempo (en algunos casos, centurias), porque casi no hay un problema de importancia en estas sociedades “tradicionales” en el cual no intervenga este factor deformador del proceso “natural” de formación histórica de tales sociedades.

En otras palabras, se sugiere que la constante y multifacética acción de las sociedades “modernas” sobre las “tradicionales”, ha deformado notoriamente la estructura social de éstas y ha limitado sus alternativas de cambio.

La deformación más grave es la ruptura del continuo social y la estructuración de dos sociedades diferentes —la urbana y la rural— una, relativamente moderna, y la otra, francamente tradicional. No se trata que esta diferencia rural-urbana no se produzca en todos los países del mundo; es que aquí hay una ruptura o escisión del continuo social y la formación de dos estructuras sociales cualitativamente distintas, independientemente del grado de interpenetra-

ción que pudieran tener. Este fenómeno resalta nítidamente al comparar el área rural con los centros urbanos mayores (las capitales de los países latinoamericanos, por ejemplo). La consecuencia más importante que se desprende de esta extrema asimetría social, es que la Reforma Agraria pasa a ser —de hecho— un programa catastrófico de cambios sociales, una verdadera revolución, es decir, la quiebra de una estructura social con toda suerte de complejas alteraciones y consecuencias en el orden económico y político.⁵

Uno de los hechos históricos que indica que la estructura de la sociedad rural es cualitativamente distinta de la urbana (y no meramente puntos en el mismo continuo), es la extremada lentitud del proceso de racionalización de la agricultura en aquellos países donde el cambio de la estructura rural tradicional comenzó mediante una revolución, como en los casos de México y de la URSS. Significa esto que la resistencia del cambio no sólo proviene de los “intereses creados” (latifundistas, por ejemplo) sino del conjunto de la población campesina, por el hecho que ésta tiene profundamente internacionalizadas las normas que configuran la estructura social tradicional. Parece claro que se puede variar las condiciones objetivas⁶ (ej.: redistribuir la propiedad agrícola) mediante enérgicas y, aun, violentas medidas, pero que, sin embargo, no se eleve el nivel de racionalidad de la agricultura hasta tanto no se haya influido eficazmente en la motivación y orientación de la acción del campesino, es decir, hasta tanto no se haya cumplido el proceso de re-socialización del hombre del campo, de formación de su conciencia social.

En el fondo se trata de resolver el problema de que la población rural realice el tránsito de la acción tradicional a la acción racional.⁷ El cambio de las motivaciones y valores (orientación de la acción) es un lento proceso que ya lleva 40 años en la URSS y algo más en México.⁸

Surge aquí la cuestión de si la comprensión de que en el cambio de la estructura agrícola participan factores “objetivos” y “subjetivos” y que ambos son condiciones de una agricultura racional, podría acortar el proceso de cambio, al operarse planificadamente en ambos “frentes” En relación con los factores “subjetivos” (motivaciones, ideologías, valores, conocimientos, etcétera) un programa de educación —muy de fondo— sería indispensable. No podemos aquí entrar en este aspecto tan crucial del problema y nos limitaremos a indicar que la efectividad de un programa de educación rural dependerá —en alto grado— de la correcta perspectiva sociológica que lo informe.

Si miramos el problema desde los factores “objetivos”, uno de los

efectos principales que se percibe es que la Reforma Agraria cambia sustancialmente la estructura de poder de una sociedad. Y, naturalmente, los “perjudicados”, los tradicionales latifundistas, como lo testimonia la historia una y otra vez, oponen una resistencia muy fuerte y muy decidida. Los grandes propietarios de la tierra tienen —generalmente— el apoyo de una gran parte de las Fuerzas Armadas, de un sector de la Iglesia, de las empresas capitalistas extranjeras y de las empresas monopolistas nacionales. A las empresas extranjeras les interesa especialmente disponer de mano de obra barata y de privilegios. Una sociedad dinámica representa la inevitable perspectiva de un tratamiento más racional y, por lo tanto, de concesiones que se consideren “razonables” en términos capitalistas. La sociedad tradicional, en cambio, es bastante menos exigente porque sus necesidades (la del grupo social dominante) son relativamente pequeñas, ya que los problemas del desarrollo apenas se plantean. El pago de regalías por parte de las empresas extranjeras, además de los privilegios de otro orden (renta de la tierra, etcétera), convierte a una parte de los latifundistas en rentistas o semi-rentistas; en este sentido los gobiernos dictatoriales son los más convenientes. Esta conveniencia consiste específicamente en tratar los negocios en la forma de “concesiones”, muy alejadas del racionalismo capitalista y cuenta con el sistemático apoyo de los gobiernos de las grandes potencias industriales, los cuales, por esta vía, agudizan el desequilibrio entre los países desarrollados y subdesarrollados, al apoyar la sociedad tradicional y resistir los cambios, pero, a la vez, favoreciendo los mismos en el interior de sus propios países.⁹ Este proceso se ve facilitado por la contradicción que se produce en el plano político en los países subdesarrollados que adoptan instituciones políticas como el sufragio universal (y en general todo un formalismo democrático) que en los países industriales (sociedades modernas) se lograron después de un largo proceso “natural” durante el cual las instituciones modernas surgieron “desde dentro”. En los países subdesarrollados, en cambio, es muy frecuente que el sufragio universal favorezca a los grandes propietarios de la tierra, porque la acción política tiene una motivación preponderantemente tradicional. El voto rural es generalmente conservador, y la misma característica tiene el voto de las mujeres. Pese a que las formas democráticas que se imitaron son las que pertenecían a países capitalistas “maduros”, aquéllas no han favorecido particularmente el proceso de racionalización de la agricultura. Es decir, no han sido eficaces. Tal vez —en general— más bien han sido factores de resistencia al cambio en lo referente a la agricultura, ya que los opositores a

la Reforma Agraria se eligen justamente con votos campesinos.¹⁰

El formalismo democrático de estos países es un factor que no puede estar ausente del análisis y que está muy relacionado con el problema que planteábamos de la posibilidad real de la Reforma Agraria por las vías evolutivas y pacíficas. Sería necesario realizar estudios especiales sobre este aspecto del problema.

El apoyo lógico a la Reforma Agraria debería provenir del sector capitalista nacional y de los obreros industriales. Sin embargo, la situación en muchos de los países de América Latina dista de ser simple. El modelo clásico de desarrollo económico capitalista según el cual el fortalecimiento del sector industrial —empresarios y obreros— presiona sobre la estructura tradicional de la agricultura y la modifica en consonancia con el racionalismo capitalista (Reforma Agraria), nunca ha funcionado bien en América Latina,¹¹ México, Bolivia, Cuba rompieron la tradicional fisonomía de la propiedad agraria por la actuación de factores que no estuvieron directamente relacionados con el nivel de desarrollo industrial. Dichos países se encontraban en un nivel de desarrollo económico bastante más bajo que otros de este continente.

De aquí se desprende, entonces, un serio problema: el de saber cuáles son los factores económicos, sociales y políticos que condicionan la Reforma Agraria, si partimos de la base que la historia testimonia que el modelo clásico no se reproduce en Latino América. Por otra parte, la resistencia al cambio del sector propietario es tan fuerte que —hasta el momento— los ejemplos que poseemos (México, Bolivia, Cuba) revelan que la Reforma Agraria es una consecuencia de la crisis política de toda la sociedad.¹²

¿Por qué esto es así? Probablemente porque las fuerzas sociales (grandes propietarios) cuyo poder está basado justamente en la agricultura, no han encontrado —en términos de poder social— la adecuada compensación que les permita renunciar a los privilegios que obtienen de una agricultura atrasada. La “modernización” de la agricultura —sobre la base de sus propios predios y de ellos mismos como empresarios¹³— no es para la clase de los latifundistas una buena solución, porque perderían su posición estratégica en la estructura de poder de toda la sociedad. Planteadas así las cosas, la salida de esta situación no puede ser sino catastrófica.

En cambio, fácilmente se ha encontrado “un mecanismo de compensación” para los capitalistas nacionales. Como generalmente en estos países hay ausencia de expectativas económicas brillantes, aún abriendo el mercado rural, el capitalismo criollo se deriva hacia la fácil y cuantiosa utilidad que resulta del monopolio y otros privile-

gios (cambios preferenciales, autorización para importar, retornos, etcétera) y como, al mismo tiempo, carece de una moral de trabajo (una definida ideología de clase cuya base moral es el ascetismo capitalista), no tiene dificultad en adoptar las normas morales de la clase alta tradicional, imitar su “estilo de vida” y asociarse a ésta en negocios bancarios, sociedades anónimas, etcétera.

Esta clase de transacciones siempre encuentran el apoyo de las empresas extranjeras y de sus respectivos gobiernos, quienes a menudo facilitan medios para que tales alianzas sean posibles. Esta actitud de las empresas y de sus gobiernos es perfectamente racional; sus privilegios están estrechamente asociados a la irracionalidad de la sociedad tradicional.

La falta de una “*ascesis capitalista*”,¹⁴ por una parte, y de una ideología de clase en la que los empresarios basen su pretensión de legitimidad del poder, debilita el proceso de desarrollo industrial y a la clase capitalista y disminuye —si no elimina— la presión sobre la estructura rural tradicional. Si lo primero ataca el ahorro y la capitalización, lo segundo conduce a una inseguridad en los tratos con la clase tradicional, la cual aparece hasta ahora con más títulos para ejercer el poder que las nuevas clases; su ideología de clase está más cimentada y usa todos los elementos tradicionales para alegar la legitimidad de su poder. Frente a la clase alta tradicional la burguesía nacional es débil, vacilante e inclinada al compromiso político y económico. Un factor que acentúa esta vacilación es el apoyo de las grandes potencias a la clase tradicional; no hay muchas evidencias que EE. UU. por ejemplo, mire con especial simpatía los esfuerzos nacionales por el desarrollo económico y, en cambio, hay muchas evidencias de que prefiere en el poder a la clase tradicional, sea con un dictador o sea con un presidente formalmente electo.

Se crea así otro desequilibrio que es peculiar a estas sociedades latinoamericanas: la contradicción entre el carácter de la producción y la del consumo. Este último tiene en la clase alta tradicional el carácter de “*conspicuo*” u ostentoso (en el sentido que le da Veblen)¹⁵, se ha institucionalizado como símbolo de alto *status* social y ha sido heredado por los capitalistas criollos. Por supuesto que no hay relación entre el refinamiento de tal estilo de vida y el nivel primitivo de desarrollo económico de estas sociedades; la inversión en grandes mansiones, automóviles, vestimenta, viajes, etcétera, limita seriamente el volumen de los ahorros y, en consecuencia, el proceso de acumulación capitalista.

La falta de una “*ascesis capitalista*” que esté profundamente institucionalizada, unida a un mercado limitado que deviene mo-

nopolista, es la base social de tal consumo desenfrenado e irresponsable. El ascetismo del moderno empresario latinoamericano existió mientras formaba su capital, “se hacía su situación”, y a menudo se expresó en enormes sacrificios personales en la privación de lo elemental, incluso en la limitación de su alimentación,¹⁶ etcétera. Sin embargo, rápidamente el ascetismo se transformó en su contrario en cuanto el empresario “hizo fortuna”.

Es del caso discutir aquí cuán general fue este ascetismo inicial entre los empresarios y el carácter que tuvo. Aparentemente, es el inmigrante el que realiza más sacrificios iniciales en el consumo y esto es más bien explicable por la necesidad común a todos los inmigrantes, de integrarse socialmente y ocupar una posición sólida que elimine su natural inseguridad. Más adelante, la lucha por ascender socialmente los lleva a acumular riquezas y a consumirlas conspicuamente. Parece claro, entonces, que no se trata de un ascetismo capitalista como el de los grandes países industriales, sino de una necesidad material y social de carácter temporal. No existió una moral ascética porque, de haberla habido, la sobriedad de las costumbres se hubiera mantenido, basada en el deber moral de continuar el proceso de capitalización (y de transformación de la estructura social tradicional), en nombre del bienestar general de la colectividad.

Y aquí nuevamente tropezamos con otra grave contradicción. Países que quieren seguir la senda de las grandes potencias capitalistas, pero sin una ideología capitalista que sea exhibida por los empresarios como la solución de los problemas generales de la sociedad, como un bien, y a la vez, que obligue a los empresarios a ser “modelos” y ejemplos en la sociedad, es decir, a tomar con decisión el rol de dirigentes y a hacerse responsable del bienestar social. Ésta es una de las condiciones para que sea posible el desarrollo económico dentro de los marcos de la estructura capitalista.

¿Cuál sería el factor que podría reemplazar la ideología capitalista que se basó en la ética protestante, de modo que cumpliera la misma función social (legitimación del poder, ascetismo, principios de acumulación)? El rol que tuvo la iglesia protestante en Alemania e Inglaterra en la maduración del capitalismo, solamente puede desempeñarlo en Latinoamérica —muy atenuadamente— el sistema educacional. La condición necesaria para que el sistema educacional cumpla tal función, es que los empresarios logren el poder político sin contrapeso y cambien enérgicamente los contenidos valorativos de la educación, la cual tendría que estar consecuentemente al servicio de la construcción del capitalismo. Aún así

no se podría pretender que tenga la fuerza de la religión. Hoy día en Chile, y probablemente en toda Latinoamérica, la educación privada que atiende al sector más privilegiado de la sociedad, acentúa y fomenta el consumo conspicuo y todas las formas simbólicas de prestigio social. Es decir, es tradicional y anticapitalista.¹⁷

Agreguemos que el consumo conspicuo de las clases dirigentes no encuentra suficiente censura de parte del pueblo, sobre el cual pesa mucho el tradicional paternalismo de las relaciones sociales. La alineación de los fines de la educación es uno de los puntos de deformación de estas sociedades, que ahonda y agudiza la asincronía de producción y consumo. Una educación al servicio de la sociedad trataría de internalizar en los sujetos la idea que el consumo conspicuo es antisocial y que debe ser motivo de censura más bien que fuente de prestigio social.

El otro factor que puede con igual éxito reemplazar a la ética protestante es la mística socialista¹⁸ si el desarrollo se realiza, naturalmente, en los marcos de una sociedad que pretendiera ser socialista. Los problemas del desarrollo económico de estas sociedades se ven teóricamente más fácilmente resueltos cuando el modelo es el socialismo y no el capitalismo. Pero no podemos discutirlo aquí porque el propósito de este artículo fue discutir el condicionamiento social de ciertos cambios (Reforma Agraria) que se realizarían “dentro” de los marcos capitalistas.

Las NOTAS 1, 3, 5, 10, 11, 12 y 17 fueron agregadas en septiembre de 1965.

¹ La “función social” de las Ciencias Sociales en los países más desarrollados, maduros y “socialmente asentados” es, en esencia, distinta a la de los países, como los de América Latina, que están experimentando un proceso de profundos cambios estructurales.

En los primeros, las Ciencias Sociales iluminan las zonas problemáticas de la sociedad cuyas soluciones toman la forma de “ajustes” de la *actual* estructura social. El nivel teórico de las Ciencias Sociales que tienen estas limitadas preocupaciones, rara vez alcanza a la sociedad global; predomina, en cambio, una mayor especialización entre las disciplinas sociales y, dentro de cada una de ellas, una tendencia a la independencia relativa de las diversas áreas de conocimiento.

Dicho de otro modo: cuando la preservación de la actual estructura social es el supuesto expreso o tácito que se toma de punto de partida, las ciencias que, sólo en conjunto pueden estudiar la sociedad global se independizan, se desconectan, y se concentran en sus áreas particulares sin preocuparse del todo. Así, por ejemplo, cuando el Presidente Johnson de los Estados Unidos, anunció su programa de terminar con la pobreza que actualmente afecta a un 20% de las familias de sus conciudadanos, no tuvo la menor vacilación en suponer que la actual estructura social de los EE. UU. podía solucionar ese problema mediante un mero “ajuste” de la distribución de las oportunidades ocupacionales y del ingreso. Al presidente Johnson no se le pasó por la mente sostener, como lo hacemos nosotros, que hay una raíz estructural en el problema de la pobreza y que su solución sólo sería posible mediante un cambio profundo en el orden institucional. Es cierto que hay en los EE. UU.

una pequeña, pero respetable minoría, que no está conforme con el sistema político-social imperante y que piensa en la necesidad de hacer cambios radicales en la estructura de la sociedad norteamericana, pero no es menos cierto que este punto de vista no se refleja ni se puede reflejar en la ciencia social oficial. La ciencia social oficial es la ciencia del ajuste social, la ciencia que tiene una actitud de conformismo con el orden establecido.

En cambio, lo que nosotros esperamos de las Ciencias Sociales, es que iluminen con sus luces el proceso de tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, industrial y democrática. La tarea histórica de las Ciencias de la sociedad —aquí y ahora— es otra y muy diferente a la que tiene en los países desarrollados. Este hecho confiere a la alineación intelectual y científica —tan frecuente entre nosotros— una particular gravedad, la cual debe ser considerada como el problema más serio que se presenta en el curso de la fundación y desarrollo de las Ciencias Sociales en los países llamados “periféricos”.

La profunda diferencia entre las tareas históricas de las Ciencias Sociales de aquí y de allá, determina, por lo pronto, una diferencia en los supuestos, en el enfoque y en la perspectiva teórica de las mismas. Detrás de esta diferencia existe una teoría de la sociedad que se caracteriza por la idea que aquellos países que en su historia han alcanzado un alto nivel de desarrollo, tienen una estructura más flexible que puede adaptar eficazmente sus instituciones básicas de tipo económico, político, jurídico, cultural, etcétera, a las aspiraciones de los sectores sociales postergados que presionan por más altos niveles de vida.

Se cree que la alta productividad económica, los satisfactorios niveles de educación, los fuertes valores democráticos que trae la historia, etcétera, son, entre otros, los factores que le confieren a la estructura de tales sociedades (sociedades de masa), una elasticidad que permite, durante periodos a veces largos, un desarrollo evolutivo sin mayores conflictos sociales.

En cambio, los países de este lado de América, están atrapados en una estructura de fuertes supervivencias coloniales, donde los elementos aristocratizantes y oligárquicos se aferran a un modelo de sociedad anti-democrática, de conquistadores, de la cual esperan, por irracionales motivaciones, un trato privilegiado. Países de baja productividad (sin una orientación democrática, ¿qué sentido tiene producir más?), con una población de escasa educación, con tradiciones oligárquicas, y otros factores por el estilo, inevitablemente sus estructuras sociales se llenan de durezas y de puntos rígidos que inducen a mucha gente a dudar incluso de la posibilidad de un desarrollo pacífico.

² Véase “La cuestión agraria” Obras completas, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1958.

³ El poder debe ser estudiado en sus tres niveles: regional, nacional e internacional, por lo que es necesario adoptar conceptos generales *de enlace* entre ellos, si se desea unificar los diversos factores pertinentes en un campo teórico global “con sentido”

Las configuraciones que forman las interrelaciones de los niveles entre sí, varían a través del tiempo, lo cual crea una dimensión histórica que conviene considerar para evitar la alineación que implica la imitación de modelos de desarrollo que no tienen vigencia en América Latina. Desde esta perspectiva, parece poco afortunado el modelo de sociedad industrial capitalista que presentó Gino Germani como punto de “destino” de América Latina en su, a ratos excelente, libro *Política y Sociedad en una época de transición*. La alternativa de un “destino” de algún tipo socialista es excluida expresamente por Germani con el argumento de que para América Latina y la Argentina, en particular, “*el modelo occidental* parecía el más adecuado históricamente”.

El estudio aislado, por ejemplo, del nivel regional (como la estructura agraria) sólo puede tomar la forma de una *descripción*; la *explicación* se puede encontrar mediante el análisis conjunto de los tres niveles. Los sociólogos —y los científicos sociales en general— estudian casi siempre el poder al nivel de las sociedades cerradas; la razón que está detrás de este enfoque deriva del hecho que, para Estados Unidos

y Europa, el nivel internacional no es tan "dominante" como para América Latina, donde las relaciones con el Centro de poder principal (E.E. U.U.) tienen un peso decisivo en el proceso de transformaciones sociales. Las estructuras de poder que existen en cada nivel se complementan, refuerzan y auxilian recíprocamente. Estas funciones de complemento, refuerzo y defensa se realizan, por una parte, entre los sectores sociales ligados a la tierra y aquellos que derivan su poder de la industria, de la banca y del comercio exterior, etcétera, como, por otra parte, entre todas estas y las estructuras internacionales de poder.

Además, la estructura de poder en estos países subdesarrollados no podría existir sin una estrecha relación con el Estado. En Chile, por ejemplo, en la época portaliana, el poder económico y el político eran inseparables. El poder político comienza a separarse del poder económico con la emergencia de ciertos grupos que practican la política y que no aparecen vinculados a los sectores económicos dominantes; sin embargo, estos individuos o grupos de la clase media, a medida que van apareciendo, son absorbidos por la clase tradicional.

En realidad, nunca ha habido en Chile, en el sentido clásico, una burguesía nacional independiente y es por esta razón que la historia de este país no registra conflicto alguno de carácter más o menos permanente entre la burguesía nacional y la clase terrateniente. La fusión del poder político con el económico ha sido en el pasado la norma general. Esta alianza de poderes ha permitido a la clase tradicional tener una gran flexibilidad para cambiar de actividad económica, para incorporar a ella a nuevos grupos y para manipular políticamente aquellos otros que no podía absorber. Este fenómeno muestra cómo grandes sectores de la sociedad, sin tener una posición real similar a la de la oligarquía, aparecen defendiendo sus intereses.

La absorción de tales grupos sociales y del liderato de protesta por parte de la oligarquía, está naturalmente relacionada con la alienación de esos grupos respecto a sus verdaderos intereses y con el esfuerzo continuado de la clase dominante para legitimar el sistema jurídico-legal y reducir las posibilidades de cambio social.

⁴ *Libertad y Planificación Social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

⁵ En relación con este aspecto del tema, descartaríamos disipar cualquier duda que pudiera abrigar el lector de que nosotros concibiéramos la existencia de dos mundos separados e incommunicados; uno, el Rural sería, según la terminología de uso más frecuente, "tradicional", o "colonial", o "semi-feudal", "sagrado", etcétera, y el otro, el Urbano, sería, siguiendo con la misma terminología, "moderno", o "industrial", o "racional", "secular", etcétera. Para dejar en claro nuestro pensamiento diríamos que concebimos la sociedad chilena, las de Latinoamérica y las del llamado Tercer Mundo, en general, como una estructura muy desarmónica en su desarrollo cuyas partes extremas han terminado por convertirse en dos sociedades bastante diferenciadas en lo relativo a sus comportamientos, normas, valores, símbolos, etcétera, pero bajo un "techo nacional" común, más o menos integrador. Junto a estos dos tipos de sociedades "internas", de raíces culturales europeas, pueden existir (y existen) otras de tipo indígena. Sin duda que, en todos los casos, se trata de sociedades cualitativamente distintas dentro de la sociedad nacional, las que resultan como una consecuencia de la ley del desarrollo desigual. En 1958, cuando dicté la conferencia transcrita, me preocupaba mucho dejar bien establecido que la deformación de la estructura social magnificaba los obstáculos al desarrollo de una manera tal, que hasta la Reforma Agraria se convertía en un programa de cambios de catastróficas proyecciones. Desde un punto de vista estructural, la idea de que la asimetría del desarrollo lleva a la sociedad a una especie de "partenogénesis" que se expresa en dos sociedades cualitativamente distintas, está ya asentada en la teoría (véase, por ejemplo, entre otros, a Lambert y Costa Pinto), e incluso algunos autores han llegado al extremo de formular una "teoría de la sociedad dual".

Corresponde ahora explicar más la relación dinámica que une a la "parte moderna" con la "parte tradicional" de la sociedad Latinoamericana. Sin detenernos a analizar la imagen vulgar de ambas "sociedades" que las concibe como estructuras in-

comunicadas, propongamos un brevísimo análisis, proporcionado a una NOTA, que conduzca a las preguntas estratégicas que plantea este problema.

Lo primero que habría que afirmar es que ambas estructuras —la urbana y la rural— están profundamente relacionadas entre sí y aunque se afirme con frecuencia que el *atraso* del sector rural se debe a su “inelasticidad”, o a la falta de “empresarios” del tipo schumpeteriano, o a las formas de tenencia de la tierra, y en especial, al latifundio, o al peso irresistible de la tradición “feudal” (?), etcétera, queremos adelantar la hipótesis de que el sector “tradicional” ya habría desaparecido si no cumpliera una función (o disfunción) de gran importancia en relación con el sector “moderno”. En efecto, el sector “tradicional” es una parte integrante del sector “moderno”. Y aún más, el sector “moderno” no podría sobrevivir con la *misma estructura actual* si no existiera el sector “tradicional”. En el caso de Chile, la pregunta crucial de cómo ha sido posible la prolongación temporal del latifundio y sus concomitantes hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xx, se contesta apuntando a la *función absorbente* de los estímulos negativos que cumple el sector agrario, a la *función redistributiva* que tiene en favor de la sociedad urbana, al hecho que la “modernidad” se ha construido, en gran medida, a costa de la condena de la sociedad rural al atraso y al “tradicionalismo”. Creemos que lo que afirmamos tiene validez general pero que es particularmente verdadero en los casos de países (como Chile) de economías de lento crecimiento o estagnadas.

La llamada “sociedad dual” es una forma de crecer, un estilo de desarrollo en las condiciones de una estructura internacional del poder que no permite el crecimiento autónomo de la periferia, a menos que las relaciones Centro-Periferia se redefinan substancialmente.

⁶ El concepto de “condiciones objetivas” está usado en el sentido marxista.

⁷ Acción (y sus modos) está usado en el sentido que le da Max Weber. Véase *Economía y Sociedad*, v. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

⁸ China, al parecer, es una excepción por cuanto en pocos años ha incrementado notablemente la producción agrícola. El caso de China pone de relieve que la re-socialización del campesino, es decir, el cambio de la estructura de la acción social, es una condición indispensable de la “reforma” de la agricultura.

Léase el siguiente párrafo que es parte de un artículo que apareció en “Le Monde” (octubre, 1958) y cuyo autor es René Dumont:

“Debido al excesivo autoritarismo y a los precios demasiado bajos, la URSS hasta 1953 y las Democracias Populares hasta la fecha, han fallado en una gran medida en su política agraria. La reacción de los campesinos chinos, enfrentados con la colectivización masiva en el invierno de 1955-1956, constituye hasta ahora un enigma. Sin la participación activa y voluntaria de la mayoría, las montañas no habrían sido terraplenadas, y los terraplenes no hubieran sido mantenidos en su lugar por la grava, y la grava no hubiera sido transportada en la espalda, canasto por canasto desde el lecho de los ríos. Mi impresión es que el Partido Chino ha tenido éxito al unir su autoridad, y el acuerdo de los campesinos después de la debida deliberación; acuerdo obtenido mediante prolongadas “explicaciones” (Panorama Económico, núm. 199.)

Parece que Cuba también ha logrado éxito en la tarea de “motivar” al campesino para las nuevas y difíciles tareas que la Revolución ha impuesto; el Gobierno cubano se ha propuesto, en primer lugar, el objetivo de mantener la producción agrícola de la época prerrevolucionaria. Véase: CEPAL, *La Reforma Agraria Cubana*, Panorama Económico, núm. 214.)

⁹ A nuestro juicio, el apoyo político de los gobiernos de los países industriales a sus empresas en Latinoamérica que están basadas en “concesiones” y “privilegios” ajenos al racionalismo capitalista, explica la poca simpatía de los Estados Unidos hacia organismos como la CEPAL y, por otra parte, el apoyo constante que le ha prestado a las dictaduras.

¹⁰ La contradicción básica del actual momento histórico de Chile se podría enunciar como “la creciente incompatibilidad entre la actual estructura social y política que exige una economía en expansión y una estructura económica que, para poder

perdurar, requiere como condición necesaria la pasividad y resignación de la masa del pueblo”.

Dicho de otro modo: “se trata de la contradicción creciente entre las necesidades de una sociedad de masas que comienza y una economía estructurada para servir a una oligarquía actualmente en decadencia”.

¹¹ Vivimos una época en que la voluntad de modernizar el país y por ende, la agricultura, parece haberse generalizado entre los habitantes de Chile. Instituciones como el latifundio ya están condenadas a desaparecer tarde o temprano por decisión de la gran mayoría de la población y de sus líderes, quienes ven en tales supervivencias coloniales el mayor obstáculo para el desarrollo económico y el progreso del país. La Reforma Agraria es el medio que se desea utilizar para transformar la agricultura y el latifundio en un sistema eficiente que armonice con el desarrollo de los demás sectores de la economía.

Existe toda una corriente de pensamiento entre los economistas, que considera que el latifundio y el comercio externo son los obstáculos más formidables para modernizar la agricultura y la economía nacional entera. Se piensa con frecuencia que el latifundio es una empresa deficiente y que su reemplazo por nuevas formas de explotación de la tierra y organización del trabajo, no representa otra cosa que una significativa elevación de la productividad agrícola.

Hay buenas razones para dudar de tales ideas y preguntarse: ¿Es el latifundio realmente una empresa? ¿Qué lugar ocupan en esta institución el incentivo de la ganancia, el paternalismo y los factores ligados a éste, el compadrazgo, el prestigio familiar, los símbolos de clase? ¿Cuál es la raíz social de las motivaciones del latifundista? ¿En qué medida el latifundio es un sistema de seguridad que determina o refuerza la actitud básica del conformismo del inquilino y otros estratos campesinos? ¿Qué clase de institución es, realmente, el latifundio?

En la actualidad se está llevando a cabo un proceso de revisión de la historia de Chile, a la cual se le hacen nuevas preguntas acerca de los procesos dinámicos que dicen relación con el desarrollo económico y con los procesos de cambio social. Hay una preocupación por comprender a dónde va Chile y cuáles son sus alternativas en términos de modelos de desarrollo. No es posible llegar a una definición de la clase latifundista si se comienza por decidir desde la partida, que es feudal, o colonial, o capitalista. Ella muestra una gran complejidad y ha cumplido a través de la historia, papeles variados que no corresponden a ninguna de las clases de los modelos del pasado. Es una clase urbana y terrateniente; es minera, mercantil, financiera e industrial; es aristocrática y capitalista. Si se estudia la variedad de roles que ha asumido desde la Independencia, se podría pensar que no se trata de la misma clase social y que en algún momento pudo haber sido reemplazada por otra. Su duración histórica se explica por su característica más general que es su flexibilidad. Esta flexibilidad se expresa de un modo distinto con las “élites económicas en ascenso” que con la “masa del pueblo”. Con las élites económicas actúa en dos formas: a) las absorbe social y económicamente, haciéndolas partes de sí mismas; y b), amplía su actividad económica a los papeles de la nueva élite. A los nuevos grupos se les permite acceso a los viejos roles económicos y la clase dominante se incorpora a las nuevas actividades económicas. La oligarquía no es creadora sino ocupante de las nuevas oportunidades económicas que son abiertas por grupos que no pertenecen a ella. De dónde surgen, cuáles son sus incentivos y cómo éstos se agotan es un tema de investigación que uniría al economista, historiador y sociólogo. La clase dominante es empresarial en cuanto al ejercicio pero no en cuanto a la apertura de nuevos campos económicos. La absorción de los grupos que abren nuevas oportunidades es una necesidad de supervivencia y de revitalización de las bases económicas de la oligarquía. Es un imperativo económico. En el proceso dialéctico de inter-acción no se puede esperar que toda la oligarquía se adapte a las nuevas condiciones; los sectores más rígidos de ella, tarde o temprano descienden social y económicamente. Los nuevos grupos, cuando no provienen de inmigrantes, podrían provenir de estos sectores y su

incentivo podría ser el de recuperar su posición perdida. Como es un incentivo no-económico, una vez logrado, se agota. También podría explicarse el agotamiento de las familias empresariales del siglo XIX por la supervivencia de una mentalidad colonial conquistadora que favorece al capitalismo *aventurero* —cuya expresión más frecuente fueron las empresas mineras—, que carece de la constancia del esfuerzo del capitalismo *racional* (clasificación usada por el profesor Mario Góngora).

Para comprender el papel de la absorción es necesario utilizar los conceptos de clase y estamento. El primer paso hacia la absorción comienza con la convivencia estamental en instituciones predominantemente económicas.

La oligarquía y los grupos nuevos tienen intereses comunes, pero también existen contradicciones entre ellos. El costo que tiene para la oligarquía el proceso de absorción, es el de adquirir contradicciones de carácter latente. Es la pérdida de la homogeneidad de la clase dominante. La contradicción más fuerte consiste en que la vieja oligarquía tiene raíces en la tierra, mientras que los grupos nuevos no la tienen. Cuando estos últimos adquieren tierras, es para fines distintos. Estas contradicciones se agudizan con la aparición de nuevas clases que presionan por cambios sociales.

Desde la llegada de los españoles, la historia de Chile tiene continuidad, no hay ruptura en ella. La estructura de las clases en México, por ejemplo, sufrió un cambio violento después de 1910; en Chile ha ido cambiando mediante el proceso de absorción ya mencionado. Uno de los efectos principales de la continuidad de la clase dominante es el de que la sociedad chilena se mantiene como una sociedad tradicional a pesar del proceso rápido de urbanización que ha experimentado. En Chile la aserción de que la urbanización promueve la modernización, tiene una validez muy limitada.

El segundo nivel en el que se expresa la flexibilidad de la oligarquía, es la manipulación de la masa. La ideología de la clase dominante está siendo continuamente reforzada como un modo de mantener la legitimidad del poder que ejerce. La principal forma de control del comportamiento político de la masa es la institucionalización del sistema jurídico-legal imperante. La continuidad en el poder le ha permitido a la clase dominante institucionalizar efectivamente el sistema jurídico-legal, reforzando por este medio sus probabilidades de permanecer en el poder. La manipulación tiene siempre como punto de partida la legitimidad del sistema jurídico-legal; cualquier intento de cambio es presentado como ilegítimo y, por lo tanto, como antidemocrático, por el hecho de no enmarcarse en la legislación vigente ("reglas del juego"). Pero sucede que las "reglas del juego" no establecen ni reconocen ningún mecanismo que pudiera ser eficaz como un medio para producir cambios de alguna importancia.

Es conveniente distinguir entre clase obrera y masa o pueblo. La clase obrera o proletariado, en el sentido que le dio Marx, surge del pueblo y es de formación relativamente reciente. Los conceptos de "clase en sí" y "clase para sí" son aplicables solamente a la clase obrera. La masa o pueblo no es una clase en sí sino un conjunto heterogéneo de estratos, capas o sectores. Esta distinción tiene importancia porque la manipulación ideológica se refiere más bien a la masa que a la clase obrera. Igualmente, la reacción de los diversos estratos populares hacia la manipulación política tampoco es la misma.

La única clase social independiente que ha aparecido en el curso de la historia de Chile es el proletariado de las empresas modernas de tipo minero e industrial. El control de la clase obrera se intenta recurriendo a las viejas y exitosas técnicas del pasado: se rodea a los sindicatos poderosos de privilegios y se les transforma en un estamento reivindicativo de beneficio económico. Los privilegios que alcanza este estamento aristocrático del pueblo se consignan en el sistema legal del país, de modo que, al defender sus privilegios ("conquistas"), tiene que defender forzosamente el sistema establecido. Se produce así la transformación de la clase independiente en un estamento del pueblo, que es, a su vez, uno de los varios que componen el sistema de poder (los "intereses creados", *the establishment*) de la sociedad chilena. El sindicato

y los partidos obreros se convierten, en consecuencia, en grupos de presión y en mecanismos de movilidad social. El Parlamento deja de ser un medio para la lucha ideológica. Los medios se convierten en fines.

Cuando en un país llega el momento histórico en que ocurre algo semejante, significa que la clase dominante ha obtenido el mayor triunfo posible, que consiste en el control del comportamiento político de la clase obrera mediante la institucionalización en ella del conformismo y las aspiraciones pequeño-burguesas.

En "Trabajo asalariado y Capital", Marx establece un criterio para diferenciar las luchas económicas de las luchas políticas de la clase obrera, basado no tanto en el *contenido* como en el *carácter general* de la lucha. Una lucha reivindicativa por mejores salarios o por una jornada más corta, etcétera, es *económica* cuando se plantea en forma *aislada* en favor de un sindicato o de un sector de la clase obrera y es *política* cuando se lucha para que ese beneficio favorezca a *todos* los asalariados como *clase*.

Por otra parte, el manejo de la clase media se realiza a través de medios ideológicos (anti-comunismo, por ejemplo), fiscales (reajustes, privilegios, etcétera) y burocráticos (empleos, etcétera) y políticos (transformación del poder político personal en económico, etcétera).

La domesticación política es el precio que paga, en general, una buena parte de la clase media para mantener apenas su actual nivel de vida.

La absorción de los grupos nuevos más dinámicos, la domesticación de la clase media, la manipulación de la masa y el control de la clase obrera, no es posible efectuarlos sin el poder político, por un lado, y sin el apoyo del imperialismo, por el otro.

La ineficiencia económica de la oligarquía, que en un proceso de desarrollo "sin interferencias externas" hubiera determinado, hace muchos años, su desaparición de la escena, es mitigada por el imperialismo (préstamos, etcétera), el cual, a la vez, realiza un espléndido negocio económico y político. Al atrasarse así el reloj de la historia se produce un creciente distanciamiento entre los países industriales y los sub-desarrollados, entre el Centro y la Periferia.

¹² Numerosos signos inequívocos están apareciendo en Chile desde hace algún tiempo, que indican el comienzo de una profunda crisis histórica.

Por el efecto acumulativo de poderosas fuerzas sociales de carácter nacional e internacional, Chile está en vísperas de una desgarradora y fascinante crisis de tránsito histórico.

No se trata de que Chile sea un caso más de sociedad en transición (como se dice convencionalmente) sino del hecho preciso de "estar en tránsito".

La "transición" es un punto *cualquiera* en un continuo histórico en cuyos extremos se acostumbra a poner dos tipos de sociedades, definidas por lo general con bastante arbitrariedad y que, a menudo, bajo la capa de la dicotomía "tradicionalismo-modernismo", esconden inaceptables implicaciones ideológicas. "Estar en tránsito" expresa *siempre* un estado de crisis que connota la disposición inmediata y urgente de dar un "salto histórico".

No se nos escapa que por el hecho que el término "crisis" ha sido abusado con excesiva frecuencia, una definición es necesaria.

"Crisis", en este contexto, apunta a una circunstancia histórica concreta que se caracteriza por la presencia de profundos conflictos derivados de la decisión más o menos generalizada del pueblo de cambiar la imperante estructura del poder.

"Estar en tránsito", en consecuencia, es la disposición histórica de pasar de una estructura de poder a otra, de una configuración de clases sociales a otra.

El signo más general de la existencia objetiva de una crisis social en Chile es el profundo trastorno del sistema de legitimidad por el franco debilitamiento de la aceptación de los tipos vigentes de dominación. Hemos llamado "crisis de la representatividad" a la rebeldía generalizada ante el sistema tradicional de las actuales instituciones.

Cabalmente, en estos momentos, se está produciendo ante nuestros ojos un proceso masivo de *mobilización social* que está determinando una creciente "participación" del pueblo en las decisiones que afectan el curso de la historia del país.

Participación social es uno de los dos conceptos — claves de este periodo crítico. Las fuerzas sociales que *ya están en acción* se expresarán cada día con mayor fuerza y, tal vez, con creciente violencia. La crisis seguirá ahondándose porque este proceso es irreversible.

Chile está en reorganización. La dominación tradicional de una minoría (característica de toda la historia de Chile) está ahora seriamente amenazada.

La constante y rápida ampliación del movimiento popular que se va produciendo por la *participación* de enormes sectores marginados del proceso político-social, como los pobladores y los campesinos, confiere un sello de inevitabilidad a los cambios sociales y, a la vez, una complejidad que parece no amoldarse con facilidad a ningún esquema teórico pre-establecido.

El cúmulo de contradicciones que se observan en el seno del pueblo, como igualmente al nivel de las "élites del poder", hace muy difícil (aunque fascinante) la tarea de estudiar la época en que vivimos. Una inorgánica y curiosa mezcla de elementos racionales e irracionales llena este tiempo de Chile de una variada gama de potencialidades que puede actualizarse en cualquiera dirección histórica. Se está generalizando una conciencia de los fines, de lo que se desea y se estima necesario, pero de ningún modo se podría decir que existe una decisión colectiva acerca del sistema social más eficaz para alcanzar tales fines.

Sin embargo, en el fondo de esta aparente maraña de heterogéneos factores sociales que componen el proceso de cambios, se comienza a distinguir la silueta inconfundible de la lucha igualitaria. Ahora, tímidamente entre los que recién se incorporan al proceso; pero mañana, con la adquisición de sucesivos grados de conciencia social, se revelará con mayor claridad la forma ideológico-política del tránsito histórico de Chile.

Para el conjunto del pueblo será el tránsito de una libertad abstracta a una igualdad concreta.

No es éste un fenómeno histórico único de Chile: ocurre y ha ocurrido en todas las sociedades, cualquiera que sea el sistema político que tengan. Se trata del paso de un tipo de sociedad oligárquica, de monopolio de las oportunidades por una minoría, a "un tipo" de sociedad de participación total, de sociedad en masas.

El modelo de sociedad que constituirá la meta histórica de nuestro pueblo está por decidirse y ello depende de una toma de conciencia social.

Conciencia social es el otro concepto-clave de esta época de Chile. En los modelos clásicos del desarrollo capitalista (en especial, Inglaterra), la conciencia social del pueblo sobre los fines históricos que se perseguían, sencillamente no existía y, por razones obvias, no era necesaria; en los países subdesarrollados y en particular en Chile por una peculiar coyuntura internacional, la conciencia social del pueblo es un factor necesario, un prerrequisito del desarrollo.

¿Cuál será en definitiva el sistema social que adoptará el pueblo para alcanzar sus fines?

Ésta es la pregunta fundamental de este tiempo de Chile y de América Latina.

¹³ Modelo junker.

¹⁴ Véase Max Weber: "Ética protestante y el espíritu del capitalismo". Madrid, Rev. de Derecho Privado.

¹⁵ *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

¹⁶ Un interesante documento social es, en este sentido, la obra de Benedicto Chuaqui, *Memorias de un inmigrante*, Santiago, Chile, Ed. Nacimiento, 1957.

¹⁷ A menudo se ha interpretado mal esta parte del texto en que asigno una importancia tan grande a la educación sistemática. La culpa es mía porque no me expliqué bien. La idea es esa: si hay alguna posibilidad histórica de que se auto-sostenga algún tipo de capitalismo en América Latina, tendrá que ser sobre la base de una *decisión colectiva* de organizar tal sistema social. La experiencia histórica indica que las burguesías nacionales no pueden repetir el modelo clásico de desarrollo y que, por el contrario, el apoyo *consciente y decidido* del pueblo es en Latinoamérica (y en las demás regiones que están en la misma situación) una condición necesaria del desarrollo.

Los capitalistas criollos tienen, entonces, que *convencer* al pueblo que el capitalismo es el camino que lleva a la solución de sus problemas. De los varios recursos que podrían ser utilizados para llegar al pueblo e intentar su persuasión (como la propaganda, etcétera), el Sistema de Educación sería el más eficaz, siempre que se cambie su orientación y contenidos valóricos. Para ello, la burguesía tendría que disponer del poder político sin transarlo con la oligarquía tradicional.

En buenas cuentas, el desarrollo económico está condicionado políticamente en cuanto depende de una "toma de conciencia" del pueblo, mediante la cual decide el "modelo" de sociedad que desea y los medios que habría que utilizar para su logro. Esta "toma de conciencia" es una condición del desarrollo, ajena al modelo clásico, que aparece en las sociedades "tardías", esto es, en aquellas que están en trance de superar el subdesarrollo. Se trata de un tipo "nuevo" de nacionalismo (desenvolvimentista) en cuya génesis y reforzamiento, la educación sistemática sería la que *principalmente* imprimiría, en la diversidad de las conciencias ciudadanas, la unidad de los objetivos nacionales de bien común.

¹⁸ "Socialista" está tomado en su sentido más amplio, como cualquiera solución colectivista, no-capitalista.